

COMPOSICIÓN DEL ELECTORADO EN ELECCIONES CON VOTO OBLIGATORIO Y VOLUNTARIO: UN ESTUDIO CUASI EXPERIMENTAL DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN CHILE¹

Bernardo Mackenna²

Resumen: En este trabajo se explora el efecto de las instituciones electorales en la composición de los electorados, particularmente el tipo de inscripción y el carácter de voluntariedad/obligatoriedad del voto. Explotando la reciente reforma electoral en Chile a través de un diseño cuasi experimental, se compara la composición de los electorados antes y después de la reforma, en base a los principales predictores sugeridos por la literatura especializada. Entre los hallazgos centrales se encuentran un fuerte efecto de la edad en ambos contextos normativos, la importancia de la educación y de la atención política tras la reforma, y la heterogeneidad de estos efectos entre las generaciones políticas. Adicionalmente, se cuantifica el efecto de la reforma electoral para distintos grupos, mostrando que ésta no afectó a todos por igual. Finalmente, se concluye con una discusión sobre las implicancias democráticas de la reforma electoral y sus consecuencias en el sistema político.

¹ El autor quisiera agradecer el apoyo permanente de Matías Bargsted durante el desarrollo de esta investigación y los valiosos comentarios recibidos de Nicolás Somma, Beltrán Undurraga, Luis Maldonado, Carolina Segovia, David Bravo, Loreto Cox, Manuel Alcaíno, Nicolás de la Cerda y María Braun, así como el financiamiento de CONICYT. Todos los errores y omisiones son de exclusiva responsabilidad del autor.

² Instructor Adjunto, Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile(bmackenn@uc.cl).

Palabras clave: participación electoral, voto obligatorio, cuasi experimentos

Abstract: In this paper we explore the effect of electoral institutions on the composition of the electorates, particularly the registration and character of the vote whether compulsory or voluntary. Exploiting the recent electoral reform in Chile using a quasi-experimental design, we compare the composition of the electorates before and after the reform, using the main predictors suggested by the specialized literature. Among the main findings we find: a strong age (generational) effect in both normative contexts, the importance of education and political attention after the reform, and the heterogenic nature of these effects between political generations. Additionally, we quantify the effect of the electoral reform for different social groups, showing that the reform did not affect all groups equally. Finally, we conclude offering a discussion of the main democratic implications of the electoral reform and its consequences on the political system.

Keywords: voter turnout, compulsory voting, quasi-experiments

Introducción

El 28 de octubre de 2012 es una fecha que marca un hito en la democracia chilena. Por primera vez en su historia se celebraba una elección con el nuevo sistema de voto voluntario y con inscripción automática. Tras más de veinte años con un sistema de inscripción voluntaria y voto obligatorio, esta reforma aparecía como una respuesta a las declinantes tasas de participación electoral³ que se observaban desde el retorno de la democracia (Navia, 2000; 2004). No obstante, como muchos analistas adelantaban (Chuaqui, 2007; Luna, 2011), el efecto fue precisamente el contrario: la asistencia a las

³ Particularmente la parte referida a la inscripción automática, pues respecto al carácter del voto (voluntario u obligatorio) no existían mayores consensos (Fontaine *et al.*, 2007).

urnas se desplomó aún más, y llegó a representar menos de la mitad de la población en edad de votar, hecho inédito desde la expansión del derecho a sufragio durante el siglo pasado.

Si el escenario ya era crítico antes de la reforma, ésta vino a profundizar la crisis de legitimidad del sistema democrático chileno. A pesar de que para la elección presidencial de 2013 se registró un alza en las cifras de participación, los niveles exhibidos por la democracia chilena siguen siendo preocupantemente bajos. Esta preocupación se multiplica cuando se toma en cuenta que bajos niveles de participación suelen estar asociados a mayores desigualdades participativas (Lijphart, 1997; Verba *et al.*, 1995). Del mismo modo, existe abundante evidencia que muestra que las brechas en la participación tienen importantes consecuencias en términos de política pública (Acemoglu y Robinson, 2005; Gilens, 2005; Bartels, 2009). En la medida en que la distribución de la participación electoral sea desigual, es de esperar que los resultados del sistema político vengán a reforzar estas desigualdades y a afectar negativamente su capacidad de representación de la ciudadanía. Es por este motivo que la participación electoral se encuentra tan íntimamente ligada a la composición de los electorados y ésta, a su vez, a la representatividad democrática.

Por otra parte, las instituciones que rigen las elecciones han sido identificadas por la literatura (Norris, 2004) como parte de los factores más relevantes a la hora de predecir los niveles de participación electoral que se observan en las diversas sociedades⁴ (Gallego, 2010). Esto nos lleva a pensar que, por su incidencia en la asistencia promedio a votar, las instituciones también tienen un efecto en la composición de los electorados, es decir que las normas que rigen las elecciones no impactan a todos los ciudadanos por igual.⁵

⁴ Y por lo mismo, también explican los resultados en términos de política pública (Chong y Olivera, 2008; Matta, 2009).

⁵ Esta noción se asimila a la expuesta en el trabajo de Enos *et al.* (2014), quienes muestran cómo las campañas de movilización (GOTV) tienen

En este contexto, el foco de este trabajo será el estudio de la composición de los electorados con especial énfasis en los eventuales efectos que la reciente reforma electoral puede haber tenido sobre ella. Para este propósito, proponemos explorar el cambio en las normas de votación a partir de un enfoque cuasi experimental, es decir, tratando a dicha modificación como un “tratamiento” que fue administrado de manera no aleatoria a una población (Shadish *et al.*, 2002; Campbell y Stanley, 2011; Dunning, 2012). A través de una comparación entre la población “expuesta” y “no expuesta” a la reforma pretendemos estimar los efectos que ésta tuvo en la capacidad predictiva de un set de variables sugeridas por la literatura especializada y cómo éstas varían de acuerdo con el contexto normativo. De este modo, esperamos mostrar cómo el cambio del carácter del voto y la inscripción automática inciden en la composición del electorado.

El resto del trabajo se distribuye como sigue: primero describiremos brevemente el contexto histórico y sociopolítico en el que ocurre la reforma electoral para pasar a una revisión de las principales teorías y enfoques que se han utilizado en la literatura especializada para explicar la participación electoral, dedicando un segmento a la evidencia en torno al rol de las instituciones –particularmente el carácter del voto– en la asistencia a las urnas. Luego expondremos la metodología utilizada en este estudio y los principales resultados obtenidos de los análisis realizados. Finalmente, daremos nuestras principales conclusiones y ofreceremos una discusión crítica sobre las implicancias de un sistema y otro para el sistema democrático, así como realizaremos recomendaciones para estudios futuros.

efectos diferenciales entre los ciudadanos y por lo tanto afectan la composición del electorado.

Participación electoral en Chile

Tras más de catorce años cerrado, hacia fines de 1987 el Servicio Electoral (SERVEL) chileno reabrió sus puertas. En medio de presiones tanto nacionales como internacionales, el Gobierno militar liderado por Augusto Pinochet se ve obligado a realizar un plebiscito para validarse entre la ciudadanía y la comunidad internacional. Si bien es cierto que la dictadura pinochetista ya había realizado dos consultas ciudadanas en 1978 y en 1980, ambas habían sido fuertemente cuestionadas por la inexistencia de registros electorales, entre otros motivos que sembraban dudas sobre la validez de esos comicios.

Con la reapertura del SERVEL, los partidos políticos pudieron volver a la luz pública. Pronto los partidos de oposición al régimen pinochetista formaron una “Concertación de Partidos por la Democracia” para promover la opción del “no” en el plebiscito que iba a realizarse a fines del año siguiente. Esta coordinación no fue fácil pues para muchos miembros de la oposición (más notablemente, el Partido Socialista) participar del plebiscito era contribuir a la legitimidad de la dictadura (Navia, 2004). Esto era especialmente problemático al considerar que el particular marco normativo electoral fijado por el Gobierno –inscripción voluntaria, voto obligatorio– los forzaría a seguir participando en las elecciones aunque Pinochet ganara el plebiscito.⁶

A pesar de estas condiciones, los chilenos se inscribieron masivamente para participar del plebiscito. Llegado el fin del período legal de inscripción, cerca de 7.5 millones

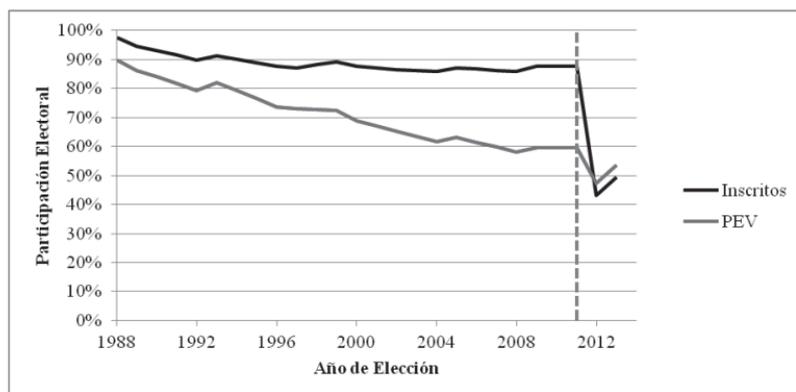
⁶ Existen autores como Corvalán (2011: 11-14) que sugieren que este diseño institucional tenía como propósito deliberado exponer a la oposición a este dilema de coordinación, pues los asesores del Gobierno militar temían que las chances de ganar el plebiscito fueran inversamente proporcionales al número de ciudadanos que participaran en él.

de personas se habían inscrito, lo que representa un 92% de la población en edad de votar (PEV) del momento. Y finalmente cuando llegó el día del plebiscito -5 de octubre de 1988- y más de 7.2 millones de votos fueron emitidos (90% de la PEV) y, entre los que marcaban una preferencia, un 56% lo hacía por el “no”. La oposición a Pinochet logró derrotarlo en las urnas y así dar inicio a un nuevo período democrático en la historia chilena.

La literatura especializada ha discutido ampliamente el impacto que estas “elecciones fundacionales” tienen en las sociedades en las que ocurren (O’Donnell y Schmitter, 1986). Por cierto, sirven como hito que marca la transición de un régimen autoritario a uno democrático, y dotan de tintes “épicos” al período, la elección y todo el proceso que las rodean (Toro, 2008). Es posible entender los niveles extremadamente altos de participación de 1988 desde esta perspectiva, así como en varias otras elecciones similares en Latinoamérica y en Europa del Este (Fornos *et al.*, 2004; Kostadinova y Power, 2007).

No obstante, a sólo cinco meses del plebiscito de 1988, en la elección presidencial de 1989 la participación cayó levemente, tanto entre los inscritos como entre la población en edad de votar. Como se observa en la Figura 1, este declive en las tasas de participación, en ambos grupos y especialmente entre la PEV, se volvió una regularidad en la nueva democracia chilena. Entre 1988 y 2010 la participación electoral de la PEV se redujo a un ritmo de casi 1.4 puntos porcentuales al año. A pesar de la limitación institucional, la participación incluso decreció entre los inscritos, lo que nos habla del bajo grado de ejecución de las penalizaciones (*enforcement*) asociadas a la abstención electoral (Carlin, 2007).

Figura 1. Participación electoral de acuerdo con total de inscritos y población en edad de votar (PEV)



La línea entrecortada muestra la implementación de la reforma (2011). Elaboración propia a partir de los datos de INE y SERVEL.

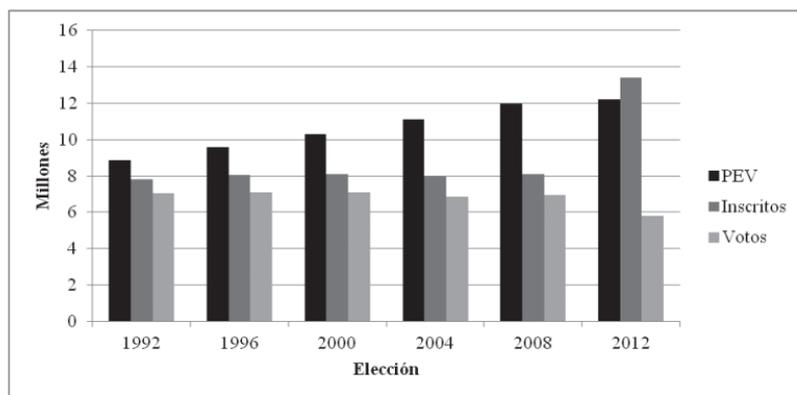
Este continuo declive no demoró en llamar la atención de académicos y autoridades. De manera similar al resto de las democracias industrializadas (Franklin, 2004), Chile mostraba una lenta pero estable caída en sus tasas de participación.⁷ Esta caída fue atribuida a un período de normalización tras el excepcional período “épico” asociado al plebiscito (Navia, 2000), al diseño institucional (Saldaña, 2009; Corvalán, 2011) y a factores actitudinales, como la caída en la identificación partidaria o la desafección política (Cantillana, 2009).

⁷ De manera notablemente más marcada que en el período de declive 1960-1980 ampliamente estudiado en el caso norteamericano (Abramson y Aldrich, 1982). Teixeira (1992) incluso habla de una “desaparición del votante americano” aludiendo a una caída mucho menor y sobre todo menos estable (McDonald y Popkin, 2001).

Quizás una de las explicaciones más contundentes de la disminución de los votantes chilenos es el escaso nivel de renovación del padrón electoral: los jóvenes no se estaban inscribiendo a los registros electorales (Madrid, 2005; Toro, 2007; Luna, 2011). Nuevamente esta escasez de registro era explicada como consecuencia de los mismos factores mencionados anteriormente (excepcional, institucional y actitudinal). No obstante, empezó a aparecer una explicación adicional: la generación política nacida en democracia era significativamente menos participativa que la de sus padres (Toro, 2008). Esto llevó a que el escaso recambio generacional en el padrón estuviera mucho más fuertemente sesgado por indicadores de estatus socioeconómico (Corvalán y Cox, 2010), lo que afecta la composición del electorado no sólo en términos generacionales y etarios sino, además, de clase social.

Este escenario crítico produjo amplia preocupación entre la clase política chilena: se generó una importante discusión entre todos los sectores sobre la necesidad de modernizar el régimen electoral chileno (Fontaine *et al.*, 2007). Si bien existía cierto consenso respecto a la necesidad de agilizar la inscripción en los registros electorales, el carácter del voto dividía a los parlamentarios, incluso dentro del mismo partido (Contreras *et al.*, 2012). No obstante, hacia fines de 2011 el legislativo aprueba la reforma electoral propuesta por el Gobierno de Bachelet y reformulada por el de Piñera: se reemplazaría la inscripción voluntaria y el voto obligatorio por la inscripción automática en los registros electorales con voto voluntario.

Figura 2. Número total de PEV, inscritos y votos emitidos, por elección municipal



Elaboración propia a partir de datos de INE y SERVEL.

Como muestra la Figura 2, tras más de veinte años con un padrón electoral relativamente estable en torno a los 8 millones y con alrededor de 7 millones de votos emitidos –aunque una PEV en continuo crecimiento–, en 2012 el electorado potencial se disparó por sobre los 13 millones⁸ mientras que el número de votos emitidos se redujo a menos de 6 millones. Este nuevo escenario no sólo agudiza los problemas de representatividad de las elecciones chilenas, sino que además supone un nuevo desafío para entender las motivaciones que llevan a los

⁸ Por problemas en la actualización del padrón, éste pasó ser de mayor tamaño que la PEV, lo que además explica el cruce de las tendencias de participación según inscritos y PEV en la Figura 1. El SERVEL depuró el padrón para la elección presidencial de 2013, pero aún persisten problemas con la fiabilidad del número de inscritos respecto a la PEV. Los problemas que presentó el Censo 2012 oscurecen más el panorama. En este trabajo, y de acuerdo con las recomendaciones de las comisiones revisoras del Censo 2012, se utilizan las proyecciones de población del INE.

ciudadanos a las urnas. Liberados los antes inscritos de la obligación de participar y los no inscritos del costo de registro, ¿qué razones llevarán a estos nuevos y antiguos electores a decidirse por asistir a las urnas o a quedarse en su hogar? Y sobre todo, ¿qué diferencias podemos observar en la composición de los electorados en un marco normativo y otro? Estas preguntas implican que debemos dar cuenta del proceso de decisión de votar, por una parte, y que seamos capaces de entender cómo éste se ve afectado por la modificación institucional. A esto dedicaremos los próximos apartados.

¿Quién vota y por qué?

La participación electoral ha suscitado gran interés en todas las ciencias sociales. Politólogos, sociólogos, economistas y psicólogos han indagando desde diversos enfoques los motivos que llevan a los ciudadanos a votar o a abstenerse. Este gran interés ha llevado a que existan enormes cantidades de trabajos y de evidencia empírica acumulados sobre el tema. Como nota Achen (2006: 2):⁹ “pocas actividades políticas han sido tan estudiadas como la decisión de votar [...]. Sin embargo, teorías relevantes para la literatura empírica son virtualmente inexistentes, con depresivas consecuencias para el estado del conocimiento actual. Nadie sabe con certeza cómo se relacionan las variables causalmente, por lo que los investigadores son libres de especular e interpretar liberalmente”. A pesar de los notables esfuerzos recientes –por ejemplo, de Rolfe (2012)– aún no existe una teoría unificada de la participación electoral, sino más bien varios enfoques poco

⁹ Todas las citas traducidas en este documento son de traducción del autor donde corresponda.

específicos que intentan dar cuenta de los motivos que llevan a la gente a las urnas.

Uno de los principales marcos desde los cuales se ha intentado dar cuenta de este fenómeno es la teoría de la elección racional. El trabajo seminal de Downs (1957) inaugura esta tradición que propone ver el voto como un acto instrumental: los ciudadanos votan para lograr que sus políticas preferidas sean promovidas por el gobierno. En consecuencia, deben tomar la decisión de participar de acuerdo con el contraste entre los costos (de inscripción, de información y de movilización) que implica votar y sus beneficios (que su candidato preferido resulte electo). Sin embargo, su candidato puede resultar electo con independencia de su voto, y en elecciones con tantos votantes la probabilidad de emitir un voto decisivo es prácticamente cero, lo que produce que los costos sean siempre mayores a los beneficios de votar. Esto lleva a lo que muchos han llamado la “paradoja de la participación” (Aldrich, 1993): a pesar de que no parece racional hacerlo, existe un número considerable de gente que vota.

Esta aparente contradicción ha suscitado mucha discusión académica. En un trabajo clásico, Riker y Ordeshook (1968) proponen que los votantes además participan por razones no relacionadas con el resultado de la elección, tales como el deber cívico o la valoración de la democracia.¹⁰ Otros han destacado el rol que tienen las elecciones competitivas en la participación, intentando mostrar que los votantes efectivamente responden a la probabilidad de ser un votante decisivo (Barzel y Silverberg, 1973; Fain y Dworkin, 1993). Finalmente otros estudios han tratado de utilizar versiones más complejas de modelos de elección racional para dar cuenta de la participación electoral, ya sea desde su versión interactiva de la teoría de juegos (Palfrey

¹⁰ Idea también sugerida por Downs (1957).

y Rosenthal, 1983; 1985; Hansen *et al.*, 1987) o desde una visión más conductual (*behavioural*) de la elección racional (Bendor *et al.*, 2003).

Otro enfoque utilizado para explicar la motivación de los votantes es aquel que entiende el voto como un acto fundamentalmente expresivo, es decir que los ciudadanos que acuden a las urnas lo hacen con la intención de decir algo, ya sea sobre ellos mismos o su grupo, o bien sobre la actuación del Gobierno o el desempeño del país (Fiorina, 1974). De este modo, este grupo de trabajos pone un especial énfasis en las fuentes de información y en las experiencias que facilitan la expresión de ideas u opiniones en el voto (Palfrey y Poole, 1987). Variables tales como la educación, la edad (entendida como experiencia o exposición a la política), la identificación política y partidaria pueden ser leídas teóricamente desde esta perspectiva (Achen, 2006: 13-15). Es posible integrar en esta perspectiva a quienes han argumentado a favor de una conexión teórica entre la integración social y la participación electoral (Olsen, 1972; Harder y Krosnick, 2008; Rolfe, 2012).

Es importante notar, como sugieren Katosh y Traugott (1982), que tanto las consideraciones instrumentales como las expresivas y actitudinales pueden convivir en una explicación integrada de la participación electoral.¹¹ Si bien en este trabajo no pretendemos argumentar a favor de ninguna de estas posturas, esperamos que esta revisión de sus consideraciones nos permita seleccionar mejores predictores de participación electoral y, al mismo tiempo, contribuir a la interpretación tanto sustantiva como teórica de los hallazgos empíricos obtenidos. Por este mismo motivo queremos repasar, además de los argumentos teóricos,

¹¹ Aunque estos autores señalan que este segundo grupo tendría un mayor poder explicativo.

la evidencia más relevante en torno a la decisión de votar por parte de la literatura especializada.

Una regularidad empírica que ha recibido bastante atención por parte de los investigadores es aquella que describe el voto como una acción habitual, es decir, los ciudadanos muestran inercia en su comportamiento: quienes votan tienen altas probabilidades de seguir haciéndolo, mientras que quienes se abstienen tienden a volver a hacerlo (Plutzer, 2002). Este hecho puede ser interpretado tanto desde una comprensión instrumental del voto, enfatizando la disminución de los costos de participación para los votantes habituales, o desde un enfoque expresivo, destacando el rol de la socialización y la integración que se observa entre los votantes habituales. Fowler (2006) argumenta que generalmente las teorías basadas en elección racional plantean modelos de “voto casual”, lo que se contradice con la evidencia empírica acumulada, por lo que sugiere que se incorporen estos mecanismos de retroalimentación en la explicación de la decisión de votar. Gerber *et al.* (2003) muestran con evidencia contrafactual esta regularidad y señalan que su influencia sería mayor a la de predictores “clásicos” en el estudio de la participación, tales como la edad y la educación.

Esta línea de investigación ha levantado dos puntos que nos parecen especialmente relevantes para el caso chileno: la importancia de los procesos de largo plazo, especialmente la socialización política durante la adolescencia (Sandell, 2008), y el rol del reemplazo generacional en la conformación de los electorados (Lyons y Alexander, 2000; Franklin, 2004).

Finalmente, quisiéramos hacer referencia a la evidencia acumulada en torno a los elementos más discutidos por la literatura especializada: estatus socioeconómico y edad (Smets y Van Ham, 2013). Desde el pionero estudio de Wolfinger y Rosenstone (1980), ha existido un

amplio debate sobre la relación de estos factores con la participación electoral. La edad ha planteado el desafío adicional a los investigadores de distinguir entre efectos del ciclo de vida, generacionales o periódicos¹² (Blais *et al.*, 2004). Hanna Wass (2007) sugiere que efectivamente existe un efecto de ciclo de vida sustantivo: a medida que envejecen, los ciudadanos votan en mayor medida, con un *peak* de participación en la adultez tardía. Del mismo modo, muestra importantes diferencias en los promedios de votación por generación, así como la caída generalizada de la participación puede afectar incluso a los votantes habituales.¹³ Estos resultados sugieren que, a medida que las cohortes más antiguas sean reemplazadas por las más jóvenes, el declive en la participación electoral se profundizará aún más.

El estatus socioeconómico ha sido el otro gran tema discutido por la literatura especializada en participación. Desde la tradición instaurada por Wolfinger y Rosenstone (1980) y continuada en la actualidad por Leighley y Nagler (2013), los investigadores han intentado desentrañar los principales componentes de este concepto y su relación con la participación electoral: educación, ingreso, riqueza y, en menor medida, ocupación. Uno de los principales enfoques en esta línea ha sido el desarrollado por el equipo de investigación liderado por Sidney Verba (Verba *et al.*, 1978 y 1995; Schlozman *et al.*, 2012), conocido como el “modelo de recursos”. Estos autores sugieren que la participación en política depende principalmente del tiempo, de las habilidades cognitivas y cívicas, y de los capitales

¹² Particularmente por la imposibilidad de observarlos simultáneamente en muestras de corte transversal.

¹³ Si bien los resultados de Wass se basan en el contexto finés, Franklin (2004), Gallego (2008), Bhatti y Hansen (2012), y Bhatti, Hansen, y Wass (2012) muestran evidencia que replica estos hallazgos en diversos contextos.

tanto financieros como sociales (La Due Lake y Huckfeldt, 1998). Este argumento los lleva a analizar cómo la desigual distribución de estos recursos en la población incide en la desigualdad en la representación política. En general la literatura suele hallar que la educación formal es un mejor predictor que el ingreso, en tanto se relaciona de manera más directa a estos recursos, tales como redes sociales y habilidades cognitivas (Brady *et al.*, 1995). A pesar de que existen dudas sobre cómo interpretar causalmente la relación entre educación y votación (Kam y Palmer, 2008), lo cierto es que la evidencia contrafactual enfatiza la importancia del logro educacional en la participación con independencia del mecanismo explicativo que se utilice en su interpretación (Sondheimer y Green, 2010). Burden (2009) argumenta que el efecto de la educación en la asistencia a las urnas es dinámico y que afecta de manera heterogénea a distintas generaciones. Gallego (2010) encuentra, no obstante, que no en todos los países existen diferencias en los niveles de participación de acuerdo con los niveles educacionales. Y precisamente argumenta que factores institucionales, tales como el voto obligatorio, pueden explicar este rendimiento diferencial de la educación en la explicación de la participación en los sistemas democráticos. En el siguiente apartado discutiremos las principales consecuencias que la literatura ha asociado al carácter obligatorio o voluntario del voto.

Voto obligatorio y voluntario

Las instituciones electorales han sido el foco de buena parte de los estudios en política comparada, tales como los estudios de Norris (2004). Puesto que otorga un indicador relativamente fácil de comparar, la participación electoral ha sido un tema que ha llamado la atención de

estos estudios, donde además han encontrado un campo particularmente fértil debido a que, de acuerdo con André Blais, “los principales factores que afectan las variaciones en los niveles de participación electoral son las variables institucionales” (2006: 111). Y entre estas instituciones, una de las más relevantes es el voto compulsivo.

Al analizar el impacto de las leyes de voto obligatorio, los pioneros de estos estudios hallaron que se relacionaba con mayores niveles de participación en las democracias industrializadas (Powell, 1986), y hasta llegaba a sugerir que sería el factor con mayor impacto en las tasas de asistencia a las urnas (Jackman, 1987). Este hallazgo se ha replicado en estudios comparados más actuales (Endersby y Kriekhaus, 2008) y en estudios que explotaban variaciones institucionales temporales o geográficas como experimentos naturales (Hirczy, 1994). No obstante, la eficacia del voto obligatorio para aumentar la participación no es homogénea: Panagopoulos (2008) muestra que los niveles de castigo y de aplicación del voto obligatorio afectan el poder del mandato a votar para incidir en el comportamiento de los ciudadanos.

Otros investigadores han mostrado que el voto obligatorio podría tener efectos en otras áreas relevantes del funcionar de los sistemas electorales. Jakee y Sun (2006) argumentan que, al llevar a los votantes menos interesados a las urnas, el voto obligatorio aumentaría la cantidad de votos “aleatorios”, lo que empeoraría la capacidad de las elecciones para representar las preferencias de los ciudadanos. De manera similar, Selb y Lacht (2009) argumentan que el voto obligatorio podría disminuir la consistencia de las preferencias electorales de los ciudadanos. Finalmente, y contrario a lo hipotetizado por Lijphart (1997), la evidencia experimental ofrecida por Loewen *et al.* (2008) sugiere que la compulsión a participar en elecciones no aumenta significativamente ni el interés ni el conocimiento político.

Donde la evidencia empírica respalda los argumentos de Lijphart (1997) respecto al voto obligatorio es en torno a la composición del electorado. Uno de los casos emblemáticos es el holandés: en 1970 abolió el voto obligatorio y vio un ensanchamiento importante de las brechas sociales en la participación: los menos educados fueron los que más dejaron de votar tras la reforma (Irwin, 1974; Verba *et al.*, 1978). Hooghe y Pelleriaux (1998), basándose en el caso belga, muestran que el voto voluntario tiende a sobrerrepresentar a los ciudadanos más educados y que el obligatorio ayuda a cerrar estas brechas. A una conclusión similar llegan Louth y Hill respecto al sistema de voto obligatorio australiano: “Sin el voto obligatorio, la democracia australiana sería muy distinta. La participación sería considerablemente menor, y por mucho, menos representativa de la sociedad de lo que lo es en el presente” (2005: 34).

No obstante, así como la participación no presenta brechas relevantes de educación en todas las democracias, el voto obligatorio no altera la estratificación educacional de los electorados en todos los países (Quintelier *et al.*, 2011). De manera similar, Anduiza (2002) sugiere que los efectos de segundo orden del voto obligatorio son heterogéneos: no todos los ciudadanos están igualmente influidos por esta norma. De acuerdo con Laura Jaitman (2013), quien utiliza un diseño de regresión discontinua aprovechando el diseño electoral argentino, muestra que el voto obligatorio tiene el doble de efectividad entre los ciudadanos de menor educación que entre los más educados, quienes incluso en ausencia de la compulsión votan de manera importante. Por este motivo señala que: “El voto obligatorio es una institución que tiene el potencial de regular la composición del electorado en términos de educación [...] [en tanto] atenúa el sesgo educacional en la participación política” (2013: 91-92).

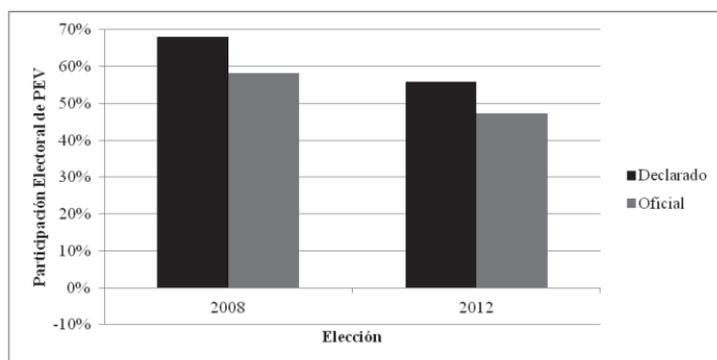
Diseño metodológico

En este artículo proponemos explotar la reforma electoral de 2011 a través de un diseño cuasi experimental, es decir, interpretar el cambio institucional como un “tratamiento” asignado de manera no aleatoria a dos poblaciones distintas (Shaddish *et al.*, 2002). Este tipo de diseño pretende focalizar su atención en las diferencias en los patrones de comportamiento entre una población tratada (votantes en 2012) y una de control (los de 2008), con el fin de exponer los eventuales efectos del tratamiento (la reforma) en estos patrones. Específicamente, nuestro interés no está en los efectos de primer orden de la reforma, *i.e.* no nos interesa si aumentó o disminuyó la participación debido al cambio en las reglas electorales, sino que más bien nos interesan los efectos de segundo orden, es decir, cómo la introducción de la inscripción automática y del voto voluntario alteró (o no) la relación entre la participación y una serie de predictores relevantes. Es importante notar que estos diseños no permiten, en razón de su falta de asignación aleatoria, controlar por no observables. Esto último debe tenerse en consideración al atribuir, exclusivamente, los efectos observados al tratamiento. Por este motivo, a pesar de que en este texto digamos que alguno de los cambios descritos provenga de la reforma, estamos conscientes de que la precisión de nuestros hallazgos bien puede estar limitada por esta razón.

Para nuestros análisis hemos elegido utilizar los estudios de Opinión Pública del Centro de Estudios Públicos (CEP) de noviembre y diciembre de 2008 y de 2012. Esta decisión se basa en varios motivos. Primero, puesto que necesitamos datos individuales para evaluar cómo ha afectado el cambio institucional la composición de los electorados, en Chile las encuestas son las únicas fuentes de datos de esta naturaleza disponible, en tanto los registros electorales

individuales son confidenciales. Elegimos las encuestas del CEP debido a su calidad técnica y a la continuidad de algunos ítems relevantes en sus cuestionarios. Por otra parte elegimos las encuestas poselectorales de comicios municipales por otro conjunto de razones. Los sondeos poselectorales suelen presentar menores niveles de sobrerreporte de voto que los preelectorales y, en ausencia de reportes validados, es el indicador más preciso según Achen y Blais (2010).¹⁴

Figura 3. Participación electoral de la PEV declarada en encuestas CEP y oficiales



Elaboración propia a partir de datos de CEP, INE, y SERVEL.

De todas formas, las cifras de sobrerreporte (Figura 3) son incluso menores que las halladas en estudios en Estados Unidos (Sigelman, 1982; Leighley y Nagler, 2013) o Europa (Górecki, 2011). Finalmente, nuestra decisión de elegir las elecciones municipales como punto de comparación, versus las presidenciales de 2009 y de 2013, tiene que ver

¹⁴ Según estos autores, el sesgo producido por el sobrerreporte en encuestas poselectorales es relativamente menor y no altera demasiado las conclusiones sustantivas de los análisis de participación.

precisamente con la comparabilidad entre las elecciones de control y de tratamiento. Mientras la elección de 2009 fue bastante reñida y presentó una contienda altamente competitiva, la de 2013 fue una elección mucho menos competitiva, lo que podría presentarse como una explicación alternativa a los cambios en patrones que encontremos en los datos. Por otro lado, las elecciones municipales presentan 345 contiendas diferentes por lo que, a pesar de que en una u otra comuna haya habido una elección más competitiva en un año que en el otro, podemos asumir que para el conjunto de las comunas estas diferencias en competitividad son cercanas a cero.¹⁵ Reconocemos, no obstante, que al trabajar con la primera de las elecciones tras la reforma, los patrones que encontremos pueden ser particulares por lo reciente del cambio institucional. Es posible que, con el paso del tiempo y las elecciones, tanto los partidos y los candidatos como los ciudadanos hayan modificado sus conductas en la medida en que el voto voluntario con inscripción automática se volvió costumbre. Sólo el paso del tiempo y estudios posteriores podrían clarificar este punto.

La selección de variables para ser incluidas en este estudio responde a dos criterios: su relevancia teórica, de acuerdo con la literatura revisada, y su disponibilidad en ambas encuestas utilizadas, lo que limita bastante nuestro acceso a variables actitudinales y políticas. Como variable dependiente utilizamos el reporte de voto en la elección municipal 2008/2012, incluida como variable dicotómica. Como indicadores demográficos tomamos la edad, el

¹⁵ De hecho, si tomamos los datos agregados por comuna de ambas elecciones y comparamos la competitividad entre ellas, ya sea como diferencia en puntos porcentuales entre la primera y la segunda mayoría, la razón entre los votos obtenidos por ellos y la desviación estándar entre los candidatos de cada comuna, no encontramos diferencias estadísticamente significativas. Los datos agregados provienen de Bargsted *et al.* (2014).

género y la residencia (urbano/rural)¹⁶ del encuestado y la presencia de una pareja estable.¹⁷ Tal como discutimos anteriormente, decidimos pertinente separar el estatus socioeconómico en sus dos componentes principales:¹⁸ educación fue capturado como la cantidad de años completados, de modo de poder comparar con mayor precisión entre los jóvenes; para capturar la dimensión económica del estatus hemos optado por un indicador de riqueza del hogar (canasta de bienes) por sobre el ingreso declarado. Esta decisión está justificada por la mayor fiabilidad de los indicadores de riqueza que los de ingreso en Latinoamérica, sobre todo en encuestas políticas (Handlin, 2013), así como por el mayor número de respuestas válidas en los ítems de riqueza. Se seleccionaron los 10 ítems¹⁹ de mayor discriminación, de acuerdo con un análisis factorial exploratorio, y con ellos se armó un indicador sumativo con una fiabilidad de escala²⁰ superior a 0.8 en ambos períodos. Respecto a variables políticas y actitudinales, consideramos tres. Primero un indicador de identificación con los partidos, como una variable dicotómica si el encuestado se identifica con algún partido o con ninguno. Luego un identificador dicotómico de identificación con el eje ideológico izquierda-derecha.²¹

¹⁶ Bargsted *et al.* (2014) encuentran un fuerte efecto positivo de la ruralidad a nivel agregado para las elecciones municipales 2012.

¹⁷ Que de acuerdo con Smets y Van Ham (2013) ha sido utilizada en varios estudios como un indicador de integración social o presencia de roles adultos.

¹⁸ Tal como hacen Wolfinger y Rosentone (1980) y Leighley y Nagler (2013). Creemos que esto supone una especificación necesaria a los planteamientos de Del Pozo y Navia (2012) y Contreras y Navia (2013), quienes utilizan un indicador compuesto: el nivel socioeconómico (NSE) elaborado por las encuestas.

¹⁹ TV cable, secadora, congelador, lavavajillas, red fija telefónica, PC, internet, cámara de video, servicio doméstico, automóvil.

²⁰ Estadístico alfa (α) de Cronbach.

²¹ Quienes se identificaban con alguna postura (izquierda, centro izquierda, centro, centro derecha, y derecha) fueron codificados como "1" mientras quienes respondían ninguna o que no sabían, como "0".

Finalmente construimos un indicador de “atención a la política” (Zaller, 1992) en base a la parrilla de evaluación de personajes políticos: por cada político que el encuestado era capaz de evaluar sumaba un punto en la escala, mientras que si no lo conocía no sumaba.²² La fiabilidad de escala es superior a 0.95 para ambos períodos.²³ A continuación se muestran estadísticos descriptivos para todas las variables en ambos períodos, así como la significancia de la diferencia entre períodos.

Tabla 1: Estadísticos descriptivos de variables seleccionadas, según año de elección

Variable	2008		2012		Rango
	Media	D. Estándar	Media	D. Estándar	
Dependiente					
Voto***	0.68	0.47	0.56	0.50	[0-1]
Demográficas					
Género (ref. Hombre)	0.58	0.49	0.59	0.49	[0-1]
Ruralidad*	0.14	0.35	0.16	0.37	[0-1]
Pareja Estable	0.57	0.50	0.56	0.50	[0-1]
Edad**	45.86	18.04	47.24	18.28	[18-98]
Socioeconómicas					
Educación	10.45	4.50	10.42	4.43	[0-27]
Riqueza**	2.28	2.37	2.52	2.41	[0-10]
Políticas					

²² Para validar esta escala, se comparó esta escala con una de conocimiento factual, disponible en la encuesta CEP de junio y julio de 2011 y se obtuvo un rho de 0.5, lo que sugiere que no es exactamente conocimiento, aunque está bastante correlacionada. Por este motivo hemos decidido llamarla “atención”.

²³ Adicionalmente, debido a que en 2008 se evaluaron 34 personajes y en 2012 sólo 31, los puntajes fueron divididos por el total de personajes a evaluar, y quedó como un indicador de promedio de personajes evaluados.

Variable	2008		2012		Rango
	Media	D. Estándar	Media	D. Estándar	
Identificación Partidaria ***	0.40	0.49	0.30	0.46	[0-1]
Ideología ID***	0.52	0.50	0.46	0.50	[0-1]
Atención Política***	0.60	0.32	0.66	0.28	[0-1]
	N = 1499		N = 1470		

Se indica la significancia de la diferencia de medias 2008-2012.

* $p < 0.1$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.01$.

Resultados

A partir de estos datos estimamos un modelo logístico binario para cada elección, formalmente (donde X representa el conjunto de los k predictores):

$$\ln\left(\frac{\text{Pr(Voto)}_i}{1 - \text{Pr(Voto)}_i}\right) = \alpha + \sum_k \beta_k X_{ik}$$

Ecuación 1. Modelos por elección

En nuestro modelo la edad se modela con especificación cuadrática para capturar los efectos curvilíneos de esta variable descritos por la literatura. Para modelar la idea de Burden (2009) de heterogeneidad en los predictores de acuerdo con la edad, incorporamos interacciones de esta variable con educación y atención política.²⁴ Se estiman dos modelos por elección debido a consideraciones de ajuste. Los resultados se reportan en la Tabla 2.

²⁴ Más interacciones fueron testeadas pero finalmente descartadas.

Tabla 2. Modelos de regresión logística para participación electoral, según elección

Elección	2008			2012		
	(1)		(2)	(3)		(4)
Modelo	Coef.	EE	Coef.	EE	Coef.	EE
Predictor						
Género (ref. Hombre)	-0.085 (0.145)	(0.145)	-0.083 (0.146)	(0.146)	-0.102 (0.115)	(0.115)
Ruralidad	0.349 (0.220)	(0.220)	0.320 (0.223)	(0.223)	0.568*** (0.163)	(0.164)
Pareja Estable	-0.160 (0.155)	(0.155)	-0.148 (0.156)	(0.156)	0.207* (0.117)	(0.118)
Edad	0.238*** (0.043)	(0.043)	0.275*** (0.048)	(0.048)	0.252*** (0.037)	(0.042)
Edad2	-0.003*** (0.001)	(0.001)	-0.003*** (0.001)	(0.001)	-0.003*** (0.000)	(0.001)
Educación	0.048 (0.060)	(0.060)	0.004 (0.063)	(0.063)	0.216*** (0.056)	(0.058)
Educación*Edad	0.002 (0.004)	(0.004)	0.004 (0.004)	(0.004)	-0.011*** (0.003)	(0.003)
Educación*Edad2	0.000 (0.000)	(0.000)	0.000 (0.000)	(0.000)	0.000*** (0.000)	(0.000)
Riqueza	0.063* (0.036)	(0.036)	0.058 (0.036)	(0.036)	0.022 (0.027)	(0.027)
Identificación Partidaria	0.218 (0.200)	(0.200)	0.182 (0.201)	(0.201)	0.306* (0.158)	(0.158)
Ideología ID	0.246 (0.194)	(0.194)	0.269 (0.197)	(0.197)	0.073 (0.147)	(0.147)
Atención Política	0.043 (0.252)	(0.252)	2.001*** (0.723)	(0.723)	1.921*** (0.221)	(0.647)
Atención Política*Edad			-0.109** (0.053)	(0.053)	-0.088** (0.043)	(0.043)

Si bien estos modelos no muestran directamente cambio en los patrones, nos permiten una primera aproximación al problema. Lo primero que hay que destacar es el ajuste de los modelos de cada elección: los de 2008 muestran mejores cifras en todos los indicadores presentados en la tabla que los de 2012. Esto es particularmente llamativo cuando se considera que los segundos tienen muchos más coeficientes significativos. Esta evidencia sugiere que predecir quién vota en el escenario de voto voluntario es bastante más complejo que bajo el voto obligatorio. Como señalábamos anteriormente, los modelos de 2008 exhiben muchos menos predictores significativos, casi exclusivamente la edad, y con la curvatura esperada y un máximo en torno a los 60 años. Más adelante ahondaremos en este hallazgo, pero por ahora simplemente destacamos el contraste con los modelos de 2012, en los que la mayoría de los predictores elegidos resultaron significativos. La edad mantiene su curvatura en 2012, aunque aparecen como relevantes los efectos positivos de la educación y su interacción con la edad. Esto implica que en 2012 los jóvenes que votaron era significativamente más educados que sus pares que se abstuvieron, aunque esta brecha se fue cerrando entre la población de mayor edad. La ruralidad también aparece como un predictor relevante (y positivo) bajo el voto voluntario, pero no lo había sido cuatro años antes. La atención política en interacción con la edad aparece como relevante en ambos contextos: aumenta las chances de participación entre los jóvenes pero pierde relevancia entre los mayores. Finalmente destacamos la magnitud de los interceptos: los de 2008 son de mayor magnitud que los de 2012 debido a los mayores niveles de participación registrados antes de la reforma.

Habiendo descrito de manera superficial los resultados de estos modelos descriptivos, ahora planteamos modelos que nos permiten modelar con mayor precisión

el cambio en la composición de los electorados tras la reforma de acuerdo a las covariables seleccionadas. Para esto seguimos la formulación sugerida por Larry Bartels (1996). Esta implica colapsar ambas bases de datos en una sola y estimar modelos que sigan la siguiente fórmula [donde D representa si el individuo pertenece al grupo de tratamiento (2012) o de control (2008)]:

$$\ln\left(\frac{\text{Pr}(\text{Voto})_i}{1 - \text{Pr}(\text{Voto})_i}\right) = \alpha + \sum_k \beta_k X_{ik} + \gamma D_i + \sum_k \delta_k (D_i * X_{ik})$$

Ecuación 2. Modelos de cambio

Esta formulación implica agregar un indicador de tratamiento y una interacción de todos los coeficientes estimados anteriormente con este indicador. De este modo, estimamos en un único modelo el efecto para cada elección (con voto obligatorio y voluntario) y su variación tras el cambio institucional. Adicionalmente, al combinar el número de casos de ambas encuestas, esta formulación nos entrega una ganancia en términos de eficiencia de la estimación. Los resultados se resumen en la Tabla 3.

Tabla 3. Modelos de regresión logística para participación electoral, para ambas elecciones

Modelo	(1)		(2)	
	Coef.	EE	Coef.	EE
Género (ref. Hombre)	-0.085	(0.145)	-0.083	(0.146)
Ruralidad	0.349	(0.220)	0.320	(0.223)
Pareja Estable	-0.160	(0.155)	-0.148	(0.156)
Edad	0.238***	(0.043)	0.275***	(0.048)
Edad2	-0.003***	(0.001)	-0.003***	(0.001)
Educación	0.048	(0.060)	0.004	(0.063)
Educación*Edad	0.002	(0.004)	0.004	(0.004)
Educación*Edad2	-0.000	(0.000)	-0.000	(0.000)
Riqueza	0.063*	(0.036)	0.058	(0.036)
Identificación Partidaria	0.218	(0.200)	0.182	(0.201)
Ideología ID	0.246	(0.194)	0.269	(0.197)
Atención Política	0.043	(0.252)	2.001***	(0.723)
Atención Política*Edad			-0.109**	(0.053)
Atención Política*Edad2			0.001	(0.001)
Elección (ref. 2008)	-0.861	(1.039)	-0.800	(1.114)
Género*Elección	-0.003	(0.185)	-0.019	(0.186)
Ruralidad*Elección	0.220	(0.274)	0.247	(0.277)
Pareja*Elección	0.362*	(0.194)	0.355*	(0.195)
Edad*Elección	-0.024	(0.057)	-0.022	(0.063)
Edad2*Elección	0.000	(0.001)	0.000	(0.001)
Educ.*Elección	0.199**	(0.082)	0.212**	(0.085)
Educ.*Edad*Elección	-0.014***	(0.005)	-0.015***	(0.005)
Educ.*Edad2*Elección	0.000***	(0.000)	0.000***	(0.000)
Riqueza*Elección	-0.043	(0.045)	-0.036	(0.045)
Ident. Part.*Elección	0.069	(0.255)	0.123	(0.256)
Ideología*Elección	-0.155	(0.244)	-0.196	(0.245)
Atención*Elección	0.397	(0.336)	-0.080	(0.970)
Atención*Edad*Elección			0.021	(0.068)
Atención*Edad2*Elección			0.000	(0.001)
Intercepto	-3.717***	(0.749)	-4.390***	(0.804)
R2 de McFadden	0.201		0.206	
R2 de McFadden ajustado	0.188		0.191	
R2 de Recuento	0.739		0.737	
R2 de Recuento ajustado	0.311		0.307	
AIC	3203		3189	
BIC	3358		3369	
N	2969		2969	

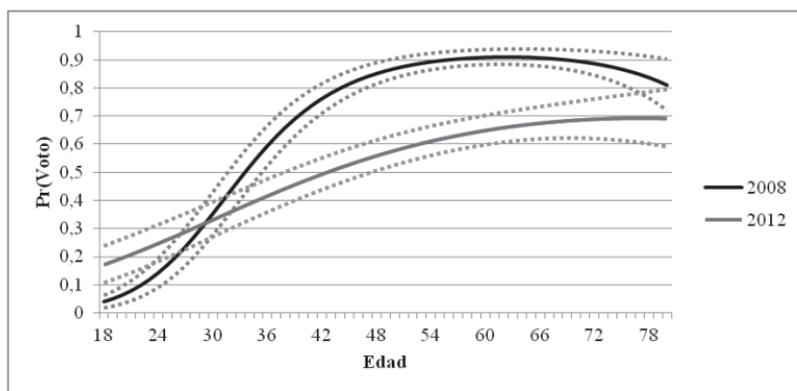
Se reportan coeficientes logit y errores estándar entre paréntesis. Elaboración propia a partir de datos de CEP. * $p < 0.1$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.01$.

Habiendo llegado a nuestra formulación definitiva, ahora miraremos en más detalle estos modelos. Como era de esperarse, el ajuste de los modelos se acerca a un promedio de los correspondientes en la Tabla 2. Considerando la complejidad del modelo en términos de número de interacciones y su naturaleza no lineal, hemos decididos analizar los efectos y sus diferencias a partir de probabilidades predichas y efectos marginales en estas probabilidades. Adicionalmente, esta técnica nos permitirá mostrar de manera gráfica, y lo más intuitiva posible, la variación en los efectos de segundo orden, que por su complejidad difícilmente pueden ser expresados en una tabla. Finalmente, esta técnica nos permite atender la naturaleza no lineal e inherente interactiva del modelo al fijar nuestras estimaciones en combinaciones significativas de valores para el resto de las variables; típicamente la media para las variables continuas y su moda para las categóricas.

Primero fijamos nuestra atención en los resultados para la edad, graficados como probabilidades predichas de votar en la Figura 4. Como señalamos en la revisión de antecedentes, esta variable posee la dificultad de distinguir entre efectos de ciclo de vida, cohorte y período en su interpretación. Lamentablemente, el número de puntos en el tiempo con los que disponemos no nos permite hacer una distinción nítida entre ellos. No obstante, los resultados obtenidos son contundentes. Como ya adelantábamos respecto a los modelos por elección, ambos períodos muestran un efecto curvilíneo y generalmente positivo de la edad en la probabilidad de votar. Sin embargo, las diferencias entre las curvas de una elección y otra son elocuentes. En el escenario de voto obligatorio, los jóvenes se abstendían masivamente, la participación crecía rápidamente con la edad hasta que se estabilizaba en torno al 90% para los mayores de 40 años, es decir, quienes votaron por primera vez en el período épico del plebiscito (Toro, 2008). La

curva para la primera elección con voto voluntario nos cuenta otra historia: al parecer la inscripción automática tuvo un efecto en que los jóvenes participaran en mayor medida que en 2008 o al menos, declararan hacerlo. Las personas de hasta 35 años no cambiaron significativamente su comportamiento y la curva muestra una pendiente bastante menos inclinada para esta elección. Las mayores diferencias se aprecian precisamente entre el grupo de edad media (entre 35 y 50 años), en que la baja en la participación fue sistemática: en promedio se trata de una disminución de 25 puntos porcentuales respecto a igual grupo etario cuatro años antes. Esta evidencia sugiere que aquellos votantes “cautivos”, inscritos desde el retorno de la democracia, seguían votando principalmente porque estaban obligados a hacerlo.

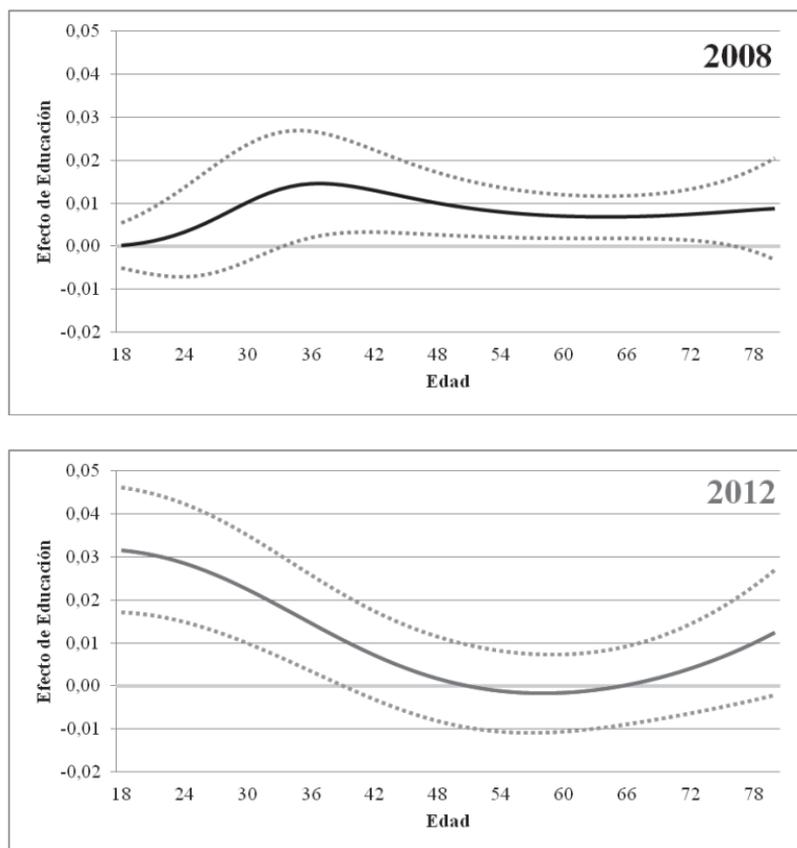
Figura 4. Probabilidades predichas de participación según edad.



Estimaciones a partir del modelo 2 de la Tabla 3; dejando las variables continuas en su media y las categóricas en su moda. Las líneas entrecortadas representan los intervalos de confianza del 95% aproximados por el método delta. Elaboración propia a partir de datos de CEP.

Pasando al efecto de la educación en la participación, hemos decidido mostrarlo en gráficos separados por elección para facilitar la interpretación. La Figura 5 grafica los efectos marginales de educación según edad, para ambas elecciones. Aquí las diferencias son algo más complejas de visualizar, pero no así menos contundentes. Bajo el sistema de voto obligatorio se observa un efecto promedio de la educación de menor magnitud que tras la reforma electoral. Sin embargo, la heterogeneidad de este efecto de acuerdo con la edad es importante, por lo que es necesario comparar “verticalmente” los gráficos de la Figura 5. Antes de la reforma, no existe una diferencia significativa entre la educación de los votantes y no votantes jóvenes. Esta diferencia se torna significativa para los mayores de 35 años aproximadamente, aunque permanece de una magnitud muy moderada: cada año adicional de educación aumenta las chances de votar en menos de 1%. Con el voto voluntario, los jóvenes son quienes presentan las mayores brechas educativas entre votantes y no votantes, diferencia que se atenúa hasta perder significancia estadística para los mayores de 40 años. Estos datos sustentan parcialmente la afirmación de Corvalán y Cox (2010) de un reemplazo “sesgado por clase social”.

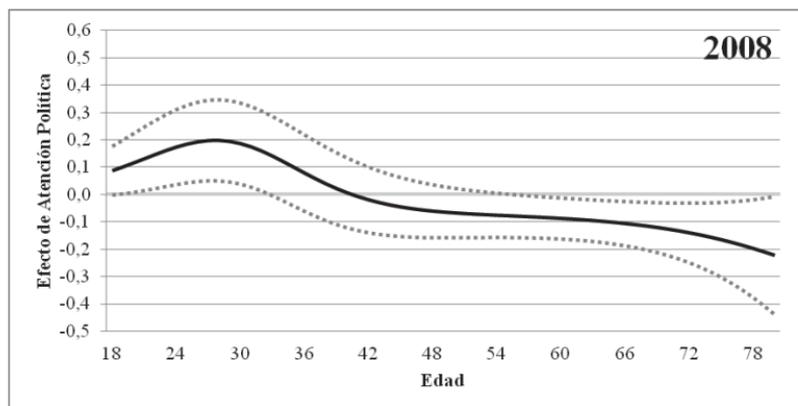
Figura 5. Efectos marginales de educación en las probabilidades predichas de participación, por elección

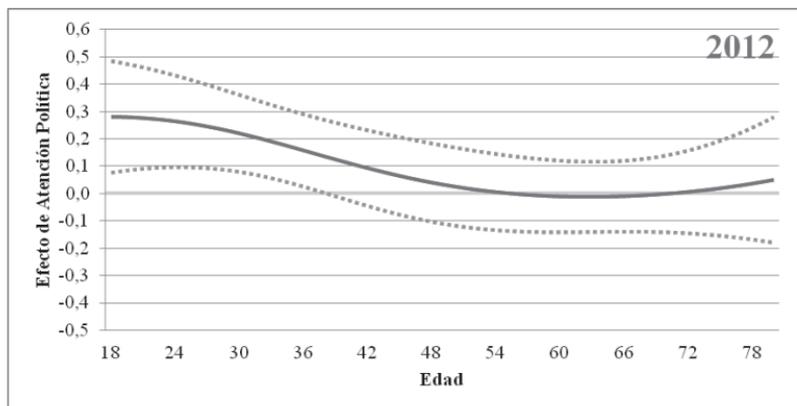


Estimaciones a partir del modelo 2 de la Tabla 3; dejando las variables continuas en su media y las categóricas en su moda. Las líneas entrecortadas representan los intervalos de confianza del 95% aproximados por el método delta. Elaboración propia a partir de datos de CEP.

Nuestro indicador de atención política (graficado de igual manera, en la Figura 6) muestra nuevamente efectos significativos para los más jóvenes tras la reforma. Entre los jóvenes bajo el voto obligatorio existe un leve efecto de la atención política sobre las probabilidades de participar, efecto que es significativo entre los 19 y 32 años. De ahí en más, el efecto es insignificante, e incluso negativo entre los mayores de 60 años. Al implementarse el voto voluntario, la atención política tiene un efecto significativo entre los menores de 38 años: conocer a un político adicional (de una lista de 30 aproximadamente) aumenta la probabilidad de asistir a las urnas en un 1% aproximadamente. No existe efecto significativo para los mayores de 38. Estas cifras nos sugieren que el reemplazo generacional no sólo va ir produciendo un sesgo de clase entre votantes y no votantes, sino que además aparece una suerte de selectividad actitudinal: entre los jóvenes sólo votan los atentos a la política en su vida cotidiana.

Figura 6. Efectos marginales de atención política en las probabilidades predichas de participación, según elección

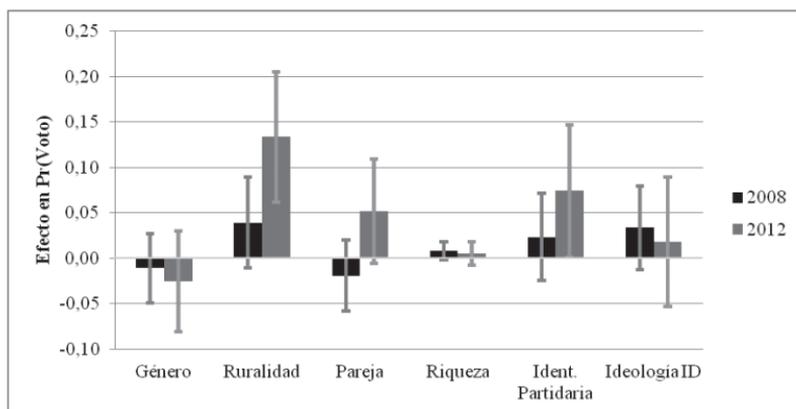




Estimaciones a partir del modelo 2 de la Tabla 3; dejando las variables continuas en su media y las categóricas en su moda. Las líneas entrecortadas representan los intervalos de confianza del 95% aproximados por el método delta. Elaboración propia a partir de datos de CEP.

La Figura 7 resume el efecto de las demás variables incluidas en los modelos de la Tabla 3. Mientras el género no tiene un efecto significativo en las probabilidades de votar en ambos períodos, la ruralidad sólo lo tiene bajo el voto voluntario: los habitantes de zonas rurales tienen, en promedio, un 13% más de probabilidades de votar que aquellos de zonas urbanas. Si bien Saldaña (2009) sugiere que las menores tasas de participación en comunas urbanas se deben a la migración campo-ciudad, que obligan a la actualización del domicilio electoral y por lo tanto dificultan la participación, no existe evidencia que sustente su hipótesis. Al igual que en Bargsted *et al.* (2014), creemos que este hallazgo merece más atención en futuras investigaciones.

Figura 7. Efectos marginales de las demás variables del modelo, según elección



Estimaciones a partir del modelo 2 de la Tabla 3; dejando las variables continuas en su media y las categóricas en su moda. Las líneas entrecortadas representan los intervalos de confianza del 95% aproximados por el método delta. Elaboración propia a partir de datos de CEP.

El tener pareja estable no parece tener efecto en ninguno de los marcos normativos, al igual que la riqueza. Si bien otros investigadores han sugerido efectos del ingreso en la participación electoral chilena (principalmente, Córvalan y Cox, 2013), creemos que esto se debe primordialmente a la utilización de ingreso sobre riqueza²⁵ que, como argumentamos, puede ser problemática en encuestas de opinión pública

²⁵ Utilizamos ingreso como predictor y no obtuvimos diferencias significativas ni en la dirección, ni la inferencia, ni la bondad de ajuste, respecto a los resultados obtenidos utilizando riqueza. Donde sí hay diferencias es en el total de casos disponibles: utilizar ingreso nos lleva a descartar 426 casos en 2008 y 413 en 2012. Finalmente, al replicar el análisis de Bargsted y Somma (2013) hallamos que es posible validar la escala de riqueza como un *proxy* de ingreso.

en Latinoamérica de acuerdo con Handlin (2013). Además, creemos que parte importante del “sesgo de clase” descrito por otros autores está capturado por la brecha educativa que describimos.²⁶ Por otra parte, la identificación con los partidos no tiene efectos significativos en 2008 y roza la significancia (a un 95% de confianza) en 2012, de igual manera que la identificación con el eje izquierda-derecha tampoco tiene efectos relevantes ni bajo voto obligatorio ni voluntario.

Hasta aquí hemos mostrado importantes cambios en los patrones de composición de electorados en la última elección municipal con voto obligatorio y la primera bajo el sistema de votación voluntaria. Estos efectos de segundo orden pueden ser complejos de interpretar, por lo que hemos ideado una forma adicional de graficar nuestros resultados y enfatizar el efecto diferencial de la reforma electoral. Siguiendo la metodología propuesta por Kelly y Evans (1993), simulamos una suerte de escenario contra-factual²⁷ que intenta responder a la pregunta: ¿cómo se hubieran comportado los encuestados de 2012 si el voto hubiera seguido siendo obligatorio? Para esto estimamos las probabilidades predichas de participación para los 1470 de la muestra 2012, utilizando los coeficientes estimados a partir de la muestra de 2008. Formalmente, estimamos la simulación S_i , con la probabilidad de voto de acuerdo a la simulación $\Pr(\text{Voto})_i$:

$$S_i = (\alpha | D_i = 0) + \sum_k [(\beta_k | D_i = 0)(X_{ik} | D_i = 1)]$$

$$\Pr(\text{Voto})_i^{S_i} = \frac{e^{S_i}}{e^{S_i} + 1}$$

²⁶ Es importante destacar que pruebas de co-linealidad no detectaron problemas al incluir ambas variables.

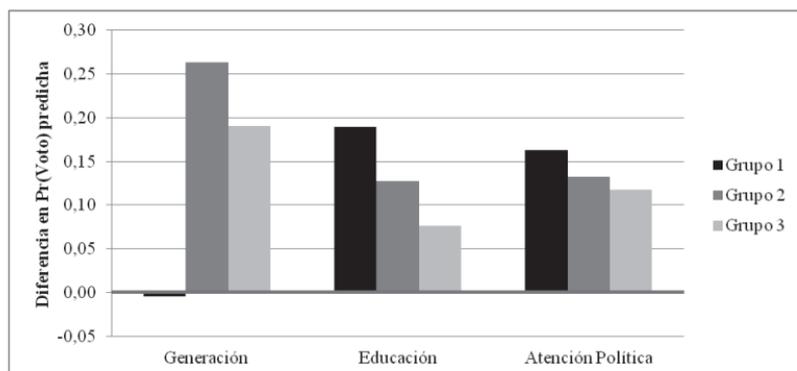
²⁷ Con esto nos referimos a una aproximación a los contrafactuales, y no a contrafactuales en el sentido estricto.

Ecuación 3. Formulación de simulación

De este modo, obtenemos la probabilidad estimada para cada encuestado de la muestra 2012, si se hubiera comportado de igual manera como lo hizo la ciudadanía cuatro años antes. A partir de estas probabilidades podemos estimar el “efecto” de la reforma como la diferencia entre las probabilidades predichas simuladas para 2012 con los coeficientes 2008, con las probabilidades predichas obtenidas directamente de la muestra posreforma. De este modo, mientras mayor sea esta diferencia, mayor será el efecto (negativo) de la reforma electoral en esos individuos. Por simplicidad, nos centramos en las tres variables que concentran, a nuestro entender, nuestros principales resultados: edad, educación, y atención política. Para cada una de estas variables establecimos tres grupos mediante cortes sustantivos.

Respecto a la edad optamos por una aproximación generacional, dividiendo a los encuestados en tres grupos de acuerdo con cuál fue la primera elección para la cual tenían edad para participar. Así, el primer grupo (“Hijos de la democracia”) representa a quienes nacieron después de 1971, por lo que su primera elección ocurrió tras el plebiscito; los nacidos entre 1970 y 1956, que pudieron votar por primera para el plebiscito (“Generación del plebiscito”); y los nacidos antes de 1956, que tenían edad para participar en las elecciones previas al golpe militar (“Antiguos demócratas”). Para educación los tres grupos son: menos que educación primaria, hasta secundaria y terciaria. Finalmente, la variable de atención política la dividimos en terciles. La Figura 8 muestra las diferencias entre las probabilidades simuladas y estimadas directamente.

Figura 8. Diferencias en probabilidades simuladas y estimadas a partir del modelo 2 de la Tabla 3



Los grupos de generación son: (1) la generación política post-1988, (2) la de 1988 y (3) la pre-1988; de educación son: (1) primaria o menos, (2) hasta secundaria, (3) terciaria o más; y los de atención política son los terciles de dicha variable. Elaboración propia a partir de datos de CEP.

De manera consistente a lo discutido previamente, el ejercicio de simulación que realizamos sugiere que la reforma tuvo un pequeño efecto positivo en las generaciones más jóvenes²⁸ y afectó fuertemente a la generación del plebiscito, disminuyendo su participación promedio más de 25 puntos porcentuales. El efecto fue menor entre los “antiguos demócratas” pero es aún bastante grande: poco menos de 20 puntos. Los resultados para los grupos educacionales muestran el efecto “elitizante” del voto voluntario: quienes más dejaron de votar son los grupos con educación primaria o menos, mientras que los menos afectados por la

²⁸ Éste se ve con claridad cuando se divide los grupos de edad en, por ejemplo, deciles. Sin embargo, por temas de espacio, simplicidad y relevancia teórica, decidimos mantener la división en tres grupos.

reforma son los que tienen educación terciaria o superior. Aunque menor en magnitud, vemos que la introducción del voto voluntario también produjo una selección actitudinal en el electorado: el tercio de ciudadanos más informados e involucrados en política fueron menos afectados por la reforma que el tercio menos informado.

Conclusiones y discusión

En este trabajo hemos mostrado que, tras la reforma que introdujo la inscripción automática y el voto voluntario al régimen electoral chileno, no sólo se produjeron importantes variaciones en los niveles promedio de participación en las elecciones, sino que además la evidencia reportada apunta a que cambió significativamente la composición del conjunto de personas que asistió a las urnas. De acuerdo con nuestros hallazgos, este cambio en la composición del electorado puede resumirse en una importante caída de la participación entre los nacidos antes de 1971, una elitización educativa del electorado y un proceso de selectividad actitudinal por el cual los ciudadanos menos informados e involucrados con la política dejaron de acudir a las urnas.

Ahora bien, ¿son estas tendencias preocupantes? Algunos investigadores han sugerido que bajos niveles de participación pueden ser una bendición, en tanto aumentan la sofisticación de los votantes pues cuando la participación es escasa, ésta se concentra en el electorado más informado y educado (Rosema, 2007). A pesar de que nuestros datos efectivamente muestran esta tendencia, creemos que baja participación, es decir, participación desigual (Verba *et al.*, 1978), es sumamente perjudicial para los sistemas democráticos y las sociedades que los alojan.

En primer lugar, y volviendo al argumento de Lijphart (1997), la igualdad de los ciudadanos es uno de los

principios fundamentales de los sistemas democráticos. Una participación desigual atenta directamente contra este principio, volviendo a unos ciudadanos más importantes que otros. Existe amplia evidencia (Gilens, 2005; Bartels, 2009) de que los políticos tienden a responder de manera desproporcionada a los intereses de la población más privilegiada. Además, sabemos que las campañas políticas están cada vez más específicamente orientadas hacia las preocupaciones de los votantes habituales, en vez de las del total de la población (Issenberg, 2012), lo que profundiza la alienación y la desafección de la ahora mayoría que no participa de las elecciones. Tomando esta evidencia en conjunto, vemos una creciente desigualdad política, que bien podría reforzar las inequidades en otros planos de la vida social. De hecho Hill y Leighley (1992), Gilens (2012) y Leighley y Nagler (2013) ya han ofrecido amplia evidencia de cómo los sesgos en la participación electoral inciden directamente en las políticas adoptadas por el gobierno.

Finalmente, creemos que es necesario que el estudio de las desigualdades participativas sea profundizado, de modo de poder contribuir a una mejor comprensión de los mecanismos explicativos detrás de estos procesos. Esperamos que este trabajo sea un primer paso en esa dirección.

Referencias bibliográficas

- Abramson, P. y Aldrich, J. (1982). "The Decline of Electoral Participation in America". *American Political Science Review*, 76 (3), pp. 502-521.
- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2005). *The Economic Origins of Dictatorship and Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Achen, C. (2006). *Expressive Bayesian Voters, their Turnout Decisions, and Double Probit. Empirical Implications of a Theoretical Model*. Manuscrito.
- Achen, C. y Blais, A. (2010). *Intention to Vote, Reported Vote, and Validated Vote*. Paper presentado en el congreso anual de la asociación norteamericana de Ciencia Política.
- Aldrich, J. (1993). "Rational Choice and Turnout". *American Political Science Review*, 32 (1), pp. 246-278.
- Anduiza, E. (2002). "Individual characteristics, institutional incentives and electoral abstention in Western Europe". *European Journal of Political Research*, 41, pp. 643-673.
- Bargsted, M.; Valenzuela, S.; De la Cerda, N. y Mackenna, B. (2014). "Participación ciudadana en las elecciones municipales 2012: diagnóstico y propuestas en torno al sistema de voto voluntario". En: *Propuestas para Chile 2013*. Santiago: Centro de Políticas Públicas UC.
- Bargsted, M. y Somma, N. (2013). "Social cleavages and political dealignment in contemporary Chile, 1995-2009". *Party Politics*, 20 (3), pp. 1-20.
- Bartels, L. (1996). "Uninformed Votes: Information Effects in Presidential Elections". *American Journal of Political Science*, 40 (1), pp. 194-230.
- (2009). *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Barzel, Y. y Silverberg, E. (1973). "Is the Act of Voting Rational?" *Public Choice*, 16 (1), pp. 51-58.
- Bendor, J.; Diermier, D. y Ting, M. (2003). "A Behavioral Model of Turnout". *American Political Science Review*, 97 (2), pp. 261-280.
- Bhatti, Y.; Hansen, K. y Wass, H. (2012). "The relationship between age and turnout: A roller-coaster ride". *Electoral Studies*, 31, pp. 588-593.

- Bhatti, Y. y Hansen, K. (2012). "The effect of generation and age on turnout to the European Parliament - How turnout will continue to decline in the future". *Electoral Studies*, 31, pp. 262-272.
- Blais, A. (2006). "What Affects Voter Turnout?" *Annual Review of Political Science*, 9, pp. 111-125
- Blais, A.; Gidengil, E. y Nevitte, N. (2004), "Where does turnout decline come from?" *European Journal of Political Research*, 43 (2), pp. 221-236.
- Brady, H.; Verba, S. y Schlozman, K. (1995). "Beyond SES: A Resource Model of Political Participation". *American Political Science Review*, 71 (2), pp. 271-294.
- Burden, B. (2009). "The dynamic effects of education on voter turnout". *Electoral Studies*, 28, pp. 540-549.
- Campbell, D. y Stanley, J. (2011). *Diseños experimentales y cuasi-experimentales en la investigación social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cantillana, C. (2009). "Inscritos que no votan: la abstención electoral en Chile y sus factores explicativos". En Navia *et al.* (eds.), *El genoma electoral chileno*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, pp. 77-96.
- Carlin, R. (2007). "The Decline of citizen participation in electoral politics in post-authoritarian Chile". *Democratization*, 13 (4), pp. 632-651.
- Chong, A. y Olivera, M. (2008). "Does Compulsory Voting Help Equalize Incomes?" *Economics & Politics*, 20 (3), pp. 391-415.
- Chuaqui, T. (2007). "Participación electoral obligatoria: una defensa". En: Fontaine *et al.* (eds.) *Modernización del Régimen Electoral Chileno*. Santiago: Ediciones PNUD, pp. 183-203.
- Contreras, G.; González, F.; Morales, M. y Oliva, D. (2012). "Nuevo régimen electoral en Chile. Inscripción automática y voto voluntario". En: Morales y Navia (eds.)

- Democracia Municipal en Chile, 1992-2010*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, pp. 65-94.
- Contreras, G. y Navia, P. (2013). "Diferencias Generacionales en la Participación Electoral en Chile, 1988-2010". *Revista de Ciencia Política*, 33 (2), pp. 419-441.
- Corvalán, A. (2011). "Institutional Design against Electoral Participation: the Case of Chile". *Documentos de trabajo de Facultad de Economía y Empresa UDP*, N.º 32.
- Corvalán, A. y Cox, Paulo. (2010). *When Generational Replacement is Class Biased: Chilean Turnout (1988-2008)*. Manuscrito.
- (2013). *¿Quién Votó en Chile con Sufragio Voluntario? Evidencia con Datos Individuales y Agregados*. Manuscrito.
- Downs, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper & Row.
- Dunning, T. (2011). *Natural Experiments in the Social-Sciences: A Design Based Approach*. Nueva York: Cambridge Press.
- Endersby, J. y Kriekhaus, J. (2008). "Turnout around the globe: The influence of electoral institutions on national voter participation, 1972-2000". *Electoral Studies*, 27, pp. 601-610.
- Eno, R.; Fowler, A. y Vavreck, L. (2014). "Increasing Inequality: The Effect of GOTV Mobilization on the Composition of the Electorate". *The Journal of Politics*, 76 (1), pp. 273-288.
- Fain, J. y Dworkin, J. (1993). "Determinants of Voter Participation: Some Simulation Results". *Public Choice*, 77 (4), pp. 823-834.
- Fiorina, M. (1976). "The Voting Decision: Instrumental and Expressive Aspects". *The Journal of Politics*, 38 (2), pp. 390-413.

- Fontaine, A.; Larroulet, C.; Viera-Gallo, J. y Walker, I. (eds.). (2007). *Modernización del Régimen Electoral Chileno*. Santiago: Ediciones PNUD.
- Fornos, C.; Power, T. y Garand, J. (2004). "Explaining Voter Turnout in Latin America, 1980 to 2000". *Comparative Political Studies*, 37 (8), pp. 909-940.
- Fowler, J. (2006). "Habitual Voting and Behavioral Turnout". *The Journal of Politics*, 68 (2), pp. 335-344.
- Franklin, M. (2004). *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies since 1945*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Gallego, A. (2008). "Where Else Does Turnout Decline Come From? Education, Age, Generation and Period Effects in Three European Countries". *Scandinavian Political Studies*, 32 (1), pp. 23-44.
- (2010). "Understanding Unequal Turnout: Education and Voting in comparative perspective". *Electoral Studies*, 29, pp. 239-248.
- Gerber, A.; Green, D. y Schachar, R. (2003). "Voting May Be Habit-Forming: Evidence from a Randomized Field Experiment". *American Journal of Political Science*, 47 (3), pp. 540-550.
- Gilens, M. (2005). "Inequality and Democratic Responsiveness". *Public Opinion Quarterly*, 69 (5), pp. 778-796.
- (2012). *Affluence and Influence: Economic Inequality and Political Power in America*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Górecki, M. (2011). "Why Bother Lying When You Know So Few Care? Party Contact, Education and Over-reporting Voter Turnout in Different Types of Elections". *Scandinavian Political Studies*, 34 (3), pp. 250-267.
- Handlin, S. (2013). "Survey Research and Social Class in Venezuela: Evaluating Alternative Measures and Their

- Impact on Assessments of Class Voting". *Latin American Politics and Society*, 55 (1), pp. 141-167.
- Hansen, S.; Palfrey, T. y Rosenthal, H. (1987). "The Downsian Model of Electoral Participation: Formal Theory and Empirical Analysis of the Constituency Size Effect". *Public Choice*, 52 (1), pp. 15-33.
- Harder, J. y Krosnick, J. (2008). "Why Do People Vote? A Psychological Analysis of the Causes of Voter Turnout". *Journal of Social Issues*, 64 (3), pp. 525-549.
- Hill, K. y Leighley, J. (1992). "The Policy Consequences of Class Bias in the States Electorates". *American Journal of Political Science*, 36 (2), pp. 351-365.
- Hirczy, W. (1994). "The Impact of Mandatory Voting Laws on Turnout: A Quasi-Experimental Approach". *Electoral Studies*, 13 (1), pp. 64-76.
- Hooghe, M. y Pelleriaux, K. (1998). "Compulsory Voting in Belgium: an Application of the Lijphart Thesis". *Electoral Studies*, 17 (4), pp. 419-424.
- Irwin, G. (1974). "Compulsory Voting Legislation: Impact on Voter Turnout in the Netherlands". *Comparative Political Studies*, 7 (3), pp. 292-315.
- Issenberg, S. (2012). *The Victory Lab: The Secret Science of Winning Campaigns*. Ann Arbor: Random House.
- Jackman, R. (1987). "Political Institutions and Voter Turnout in the Industrial Democracies". *American Political Science Review*, 81 (3), pp. 405-423.
- Jaitman, L. (2013). "The causal effect of compulsory voting laws on turnout: Does skill matter?" *Journal of Economic Behavior & Organization*, 92 (1), pp. 79-93.
- Jakee, K. y Sun, G.-Z. (2006). "Is compulsory voting more democratic?" *Public Choice*, 129 (1), pp. 61-75.
- Kam, C. y Palmer, C. (2008). "Reconsidering the Effects of Education on Political Participation". *The Journal of Politics*, 70, pp. 612-631.

- Katosh, J. y Traugott, M. (1982). "Costs and Values in the Calculus of Voting". *American Journal of Political Science*, 26 (2), pp. 361-376.
- Kelley, J. y Evans, M. D. R. (1993). "The Legitimation of Inequality: Occupational Earnings in Nine Nations". *American Journal of Sociology*, 99 (1), pp. 75-125.
- Kostadinova, T. y Power, T. (2007). "Does Democratization Depress Participation? Voter Turnout in the Latin American and Eastern European Transitional Democracies". *Political Research Quarterly*, 60 (3), pp. 363-377.
- La Due Lake, R. y Huckfeldt, R. (1998). "Social Capital, Social Networks, and Political Participation". *Political Psychology*, 19 (3), pp. 567-584.
- Leighley, J. y Nagler, J. (2013). *Who Votes Now? Demographics, Issues, Inequality, and Turnout in the United States*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Lijphart, A. (1997). "Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma". *American Political Science Review*, 91 (1), pp. 1-14.
- Loewen, P.; Milner, H. y Hicks, B. (2008). "Does Compulsory Voting Lead to More Informed and Engaged Citizens? An Experimental Test". *Canadian Journal of Political Science*, 41 (3), pp. 655-672.
- Louth, J. y Hill L. (2005). "Compulsory Voting in Australia: Turnout With and Without it". *Australian Review of Public Affairs*, 6 (1), pp. 25-37.
- Luna, J. P. (2011). "Jóvenes, inscripción automática y voto voluntario: ¿El tipo de reforma que debemos evitar?" *Temas de Agenda Pública*, N.º 46.
- Lyons, W. y Alexander, R. (2000) "A Tale of Two Electorates: Generational Replacement and the Decline of Voting in Presidential Elections". *Journal of Politics*, 62 (4), pp. 1014-1034.
- Madrid, S. (2005). "¿Políticos de ayer, apáticos de hoy? Generaciones, juventud y política en Chile". En: Fuentes,

- C. y Villar, A. (eds.), *Voto ciudadano: Debate sobre la inscripción electoral*. Santiago: Flacso, pp. 45-84.
- Matta, J. J. (2009). *El Efecto del Voto Obligatorio sobre las Políticas Redistributivas: Teoría y Evidencia para un Corte Transversal de Países*. Tesis para optar al grado de Magíster en Economía, PUC.
- McDonald, M. y Popkin, S. (2001). "The Myth of the Vanishing Voter". *American Political Science Review*, 95 (4), pp. 963-974.
- Navia, P. (2000). *A Shrinking Electorate in Post-Pinochet Chile*. Paper presentado en el congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos.
- (2004). "Participación Electoral en Chile, 1988-2001". *Revista de Ciencia Política*, 24 (1), pp. 81-103.
- Navia, P. y Del Pozo, B. (2012). "Los efectos de la voluntariedad del voto y de la inscripción automática en Chile". *Estudios Públicos*, 127, pp. 161-191.
- Norris, P. (2004). *Electoral Engineering: Voting Rules and Political Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O'Donnell, G. y Schmitter, P. (1986). *Transiciones desde un Gobierno Autoritario: Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Barcelona: Paidós.
- Olsen, M. (1973). "Social Participation and Voting Turnout: a Multivariate Analysis". *American Sociological Review*, 37 (3), pp. 317-333.
- Palfrey, T. y Poole, K. (1987). "The Relationship between Information, Ideology, and Voting Behaviour". *American Journal of Political Science*, 31 (3), pp. 511-530.
- Palfrey, T. y Rosenthal, H. (1983). "A Strategic Calculus of Voting". *Public Choice*, 41 (1), pp. 7-53.
- (1985). "Voter Participation and Strategic Uncertainty". *American Political Science Review*, 79 (1), pp. 62-78.
- Panagopoulos, C. (2008). "The Calculus of Voting in Compulsory Voting Systems". *Political Behavior*, 30 (3), pp. 455-467.

- Plutzer, E. (2002). "Becoming a Habitual Voter: Inertia, Resources, and Growth in Young Adulthood". *American Political Science Review*, 96 (1), pp. 41-56.
- Powell, B. (1986). "American Voter Turnout in Comparative Perspective". *American Political Science Review*, 80 (1), pp. 17-43.
- Quintelier, E.; Hooghe, M. y Marien, S. (2011). "The Effect of Compulsory Voting on Turnout Stratification Patterns. A Cross-National Analysis". *International Political Science Review*, 32 (4), pp. 396-416.
- Riker, W. y Ordeshook, P. (1968). "A Theory of The Calculus of Voting". *American Political Science Review*, 62 (1), pp. 25-42.
- Rolfe, M. (2012). *Voter Turnout: A Social Theory Of Political Participation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosema, M. (2007). "Low turnout: Threat to Democracy or blessing in disguise? Consequences of citizens' varying tendencies to vote". *Electoral Studies*, 26, pp. 612-623.
- Saldaña, J. (2009). "Crisis en la participación electoral y debate sobre la obligatoriedad del voto en Chile". En: Navia *et al.* (eds.), *El genoma electoral chileno*. Santiago. Ediciones Universidad Diego Portales, pp. 55-75.
- Sandell, J. (2008). "Political Socialization in Context: The Effect of Political Competition on Youth Voter Turnout". *Public Choice*, 30 (4), pp. 415-436.
- Scholzman, K.; Verba, S. y Brady, H. (2012). *The Unheavenly Chorus: Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Selb, P. y Lacht, R. (2009). "The more, the better? Counterfactual evidence on the effect of compulsory voting on the consistency of party choice". *European Journal of Political Research*, 48 (5), pp. 573-597.

- Shadish, W.; Cook, T. y Campbell, D. (2002). *Experimental and quasi-experimental designs for generalized causal inference*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Sigelman, L. (1982). "The Nonvoting Voter in Voting Research". *American Journal of Political Science*, 26 (1), pp. 47-56.
- Smets, K. y Van Ham, C. (2013). "The Embarrassment of Riches? A Meta-Analysis of Individual-Level Research on Voter Turnout". *Electoral Studies*, 30, pp. 1-16.
- Sondheimer, R. y Green, D. (2010). "Using Experiments to Estimate the Effects of Education on Voter Turnout". *American Journal of Political Science*, 54, pp. 174-189.
- Teixeira, R. (1992). *The Disappearing American Voter*. Washington DC: Brookings.
- Toro, S. (2007). "La inscripción electoral de los jóvenes en Chile. Factores de incidencia y aproximaciones al debate". En: Fontaine et al. (eds.) *Modernización del régimen electoral chileno*. Santiago: Ediciones PNUD, pp. 101-121.
- (2008). "De lo épico a lo cotidiano: Jóvenes y generaciones políticas en Chile". *Revista Chilena de Ciencia Política*, 28 (3), pp. 143-160.
- Verba, S.; Nie, N. y Kim, J. (1978). *Participation and Political Equality: A Seven Nation Comparison*. Chicago: University of Chicago Press.
- Verba, S.; Scholzman, K. y Brady, H. (1995). *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*. Boston: Harvard University Press.
- Wass, H. (2007). "The effects of age, generation and period on turnout in Finland 1975-2003". *Electoral Studies*, 26, pp. 648-659.
- Wolfinger, R. y Rosenstone, S. (1980). *Who Votes?* New Haven: Yale University Press.
- Zaller, J. (1992). *The Nature and Origins of Mass Opinion*. Cambridge: Cambridge University Press.